



que allí fué abatido el escudo de los valientes, el escudo de Saul, como si no hubiera sido ungido con óleo. Sin sangre de muertos, sin grosura de fuertes, nunca volvió atrás la flecha de Jonathás, ni la espada de Saul se retiró jamás en vano. Saul y Jonathás, amables y de buen parecer en su vida, en la muerte tampoco se separaron, más ligeros que águilas, más fuertes que leones. Hijas de Israel, llorad sobre Saul, que os vestía de escarlata en vuestras pompas, que os daba joyeles de oro para atavíaros. ¿Cómo cayeron los valientes en la batalla? ¿Cómo fué muerto Jonathás en tus altos? Duélome por tí, ¡oh hermano mio Jonathás! hermoso sobremanera, y amable sobre el amor de las mujeres. Como una madre ama á su hijo único, así te amaba yo. ¿Cómo cayeron los fuertes y perecieron las armas guerreras (1)?»

David hizo estudiar este lúgubre canto á los hijos de Judá. Titulábase el Arco, probablemente á causa del arco de Jonathás, cuyo elogio encarece. Fué inscrito en particular en el libro de los Justos, libro ya mencionado en la historia de Moisés y de Josué; pero que no ha llegado á nosotros. Parece que era el que hoy se llamaría de los fastos, en el cual se registraban las acciones de los hombres grandes.

Después de esto, consultó David al Señor, diciendo: «¿Por ventura subiré á una de las ciudades de Judá?» Y le respondió el Señor: «Sube.» Y dijo David: «¿Adónde subiré?» Y respondióle: «A Hebron.» Subió, pues, David y sus dos mujeres, Aquinoan Jezrachita, y Abigail, mujer que fué de Nabal del Carmelo. Y llevó también consigo David los hombres que le acompañaban, cada uno con su familia, y moraron en las ciudades de Hebron (plaza fuerte situada en medio de Judá) (2).

Como hoy tanto se habla de política y de ciencia administrativa, no creemos será inútil que hagamos observar aquí, con el ejemplo de Saul y de David, la diferencia en política y en verdadera ciencia, de la política falaz y ciencia ficticia. Hábiles y muy capaces eran Saul y David, pero de un modo muy diferente. El uno

(1) 2 Reg., 1, 17-27.

(2) Ibid., 2, 1-3.

de intención perversa; de buena y recta intención el otro.

Por una parte, Saul, un gran rey que, no poniendo límites á su malicia, todo lo emplea, y sin reserva, por perder un servidor de quien está celoso. Por otra, David, un particular abandonado y vendido, no trata de defenderse más que por medios lícitos, sin faltar jamás á lo que debe á su príncipe y á su país. Y sin embargo, la verdadera sabiduría, en tan estrechos límites comprendida, es muy superior á la falsa ciencia, que no olvida nada por satisfacerse (1).

Lo que Saul y David eran respectivamente considerados, eran también con respecto á Dios. La maldita delicadeza de que se valía Saul para con su siervo, la emplea también para con su soberano maestro. Dios y su ley, no son para él la regla de gobierno, sino un medio; ménos se considera él como ministro de Dios, que en ver en su Dios un ministro suyo; en vez de someterse á la religión, quiere que ella sea su esclava. Atiende al profeta de Dios, en tanto que no ve sus intereses en peligro; á poco que aquel se descuide, ya pasa á usurpar sus funciones. Si consulta al Señor por el gran sacerdote, bien pronto se muda, y á su manera pone en práctica la divina respuesta. Si recibe algún mandato contra los amalecitas, ejecuta una parte y descuida la otra, como enmendando la plana á Dios y á su profeta. Cuando parece que quiere obligar á este para que le reconcilie con Dios, sólo lo desea para que le honre ante el pueblo. A los ojos de su política opresora y envidiosa, lo que la religión tiene de más sagrado para él, es la cosa más insignificante. Por una calumniosa delación manda asesinar á los sacerdotes del Señor; da muerte á los gabaonitas, con desprecio del juramento que le había dado la nación; los juramentos que él mismo da á David, son otros tantos perjuros. Con esto se cree sabio y prudente, y concluye por matarse á sí mismo, perdiendo á la vez su reino, su familia, su vida y su alma, y dejando execrable memoria para Dios y para los hombres.

David, por el contrario, dotado de una gran

(1) Bossuet, *Política*, lib. V, art. II.



prudencia, subordina todos sus pensamientos y acciones á la ley y á las órdenes del Señor. Si Dios le dice ve, alla va al punto; vuelve, pronto está á obedecer; haz esto, en seguida hace ni más ni ménos que lo que Dios le manda. Se abandona á su Providencia, no por pereza ó flojedad, sino por fe y por amor. Su piedad es activa, todo lo prevé y á todo da órdenes. La religión no es para él un simple medio de política, sino el fin y norma que le ha de guiar. No busca su propia gloria, sino la gloria divina. A dar testimonio tienden sus cánticos, su gobierno, sus guerras, sus victorias, sus riquezas. Lo que le aflige en su destierro, es no poder presentarse delante del tabernáculo del Eterno. En cambio, al trasladarse el arca, bailará lleno de alegría con todo su pueblo. Cuando cayó en desgracia con su Dios, no temió confesar su pecado á la faz del mundo, y llorarle con los cánticos que expresan su verdadera penitencia. Obró, en una palabra, de un modo completamente contrario á Saul. Por esto Dios le edificó una casa fiel, y un reino que no concluirá jamás. Y en el tiempo, y en la eternidad, el reino de Dios será el reino de David.

Entre estos dos políticos, fácil es comprender la locura del uno y la sabiduría del otro.

Dios solo es el monarca supremo y absoluto. Su imperio abraza todo lo que existe y aun lo que no existe. Lo que nosotros llamamos reinos, no son más que pequeñas provincias de aquel imperio universal; aun la palabra provincia dice demasiado. Los reyes, los emperadores, son para Él ministros revocables, según su voluntad. Cuando hay ministros que cumplen fielmente las órdenes de su maestro y Señor, que trabajan con toda su inteligencia, con toda su voluntad y con todas sus faerzas por realizar su voluntad en el lugar que se les ha confiado, natural es que su señor y maestro les conserve largo tiempo en aquel puesto; y no sólo ellos, sino también sus descendientes, y asimismo es natural que les comunique algo de su gloria y de su majestad; pero cuando en vez de referirlo todo á su soberano, se lo atribuyeron todo á sí mismos; cuando en vez de secundar sus designios, son sustituidos por los suyos; cuando en vez de servirle, no quieren más que ser ser-

vidos, natural es también que Dios, después de haber usado quizás algún tiempo de su mala voluntad como se vale del mismo demonio para realizar sus designios por ellos y contra ellos, es natural, decimos, que Dios se complazca en quebrantarlos como á frágil vaso de arena, y en manifestar en aquel gran día la locura de su astucia, la nada de su poder y la ignorancia de su gloria. Para ello cuenta con mil medios, contra los cuales el hombre nada puede. Por más que se estudie, dice Bossuet, y por más vueltas que uno dé por adivinar sus designios, la ocasión lleva siempre un no sé qué de imprevisto, que hace creer y decir más ó ménos que lo que se pensaba. Y este lugar, desconocido al hombre en sus propias acciones y en su propio destino, es precisamente el lugar secreto por donde Dios obra, y el recorte de que se vale y pone en juego en sus actos (1).

El mundo llama á esto casualidad, fortuna; casualidad para el hombre, es verdad, porque no puede preverlo ni prevenirlo; pero libre combinación para Dios, que ve y dispone todo. También Platon dijo bien al afirmar que Dios gobierna las cosas humanas por la fortuna y por las circunstancias. Por esto circunscribe y dirige como quiere la libre cooperación del hombre. ¡Qué locura es, pues, creerse sabio contra Dios ó sin Dios! Para serlo, en verdad, es necesario, como David, amar la verdad y la justicia; es necesario, como David, hacer lo que Dios dice, ni más ni ménos.

Siendo por aquellos tiempos ménos conocidos los designios de Dios, David le consultaba á menudo por el grande sacerdote. Desde que el Hijo de Dios reveló el secreto de sus consejos y llamó á todos los pueblos para que les dieran cumplimiento, ya no hay tanta necesidad de consultarle, ya no hay más que ejecutar la voluntad conocida del Divino Maestro. Y si aun alguna vez fuera necesario consultarle en orden á la ejecución, ahí tenemos al Pontífice de Dios, que nos servirá de intérprete en la trasmisión de la respuesta. Mas ¡ay! que existen muchos que, como Saul, no se valen de la religión más que como un medio de darse im-

(1) *Política*, lib. VII, art. 6,



portancia y hacerse respetar de los pueblos, empleando toda su actividad y poder en engañarse los unos á los otros y en oprimir ó pervertir lo que hay de más fiel á Dios. ¿Cuándo volverá á ver Dios hombres segun su corazón? ¿Cuándo volveremos á ver nosotros príncipes activos é inteligentes que no empleen su poder

más que para hacer reinar la verdad y la justicia, y someter á todos los hombres bajo el imperio de su Maestro legítimo, que está en los cielos? ¿Cuándo volveremos á ver nosotros príncipes que subordinen su política á la política de Dios? ¿Cuándo volveremos á ver nosotros hombres que, como David, sean tan cristianos?

CAPÍTULO XVIII

Cumplimiento de las promesas de Dios á Abraham y de las predicciones de Jacob á Judá.—David recompensa á los habitantes de Jabes-Galaad.—Derechos de David al trono.—Rivalidad de Isboeth.—El combate de los doce.—Derrota de Isboeth.—Muerte de Azael.—Moderacion de los dos partidos.—Abner, acompañado de Micol, pasa al lado de David y muere á manos de Joab.—Ambicion de estos dos jefes.—Imprecaciones y dolor de David.—Los asesinos de Isboeth castigados á muerte.—David reconocido rey por todo Israel.—Caractéres de la legitimidad de su corona.—Humildad y cántico de David.—Su inauguracion, figura de Jesucristo reconocido por todo el universo

Más de ocho siglos hacia que, vencedor de cuatro reyes y salvador de cinco reinos, Abraham estaba en pié bajo una encina en el valle de Hebron, sirviendo él mismo á sus tres huéspedes; más de ocho siglos hacia que uno de aquellos divinos huéspedes, que segun la comun interpretacion de los Padres, nos hace creer fuera el mismo Hijo de Dios, le anunció que de Sara su mujer, entonces ya anciana y estéril, habian de nacer reyes, y que en uno de su raza serian benditas todas las naciones de la tierra. Este mismo valle de Hebron presenciaba el cumplimiento de estas promesas; veia al segundo rey de Israel cuando estaba á punto de subir al trono, á David, consagrado rey por un profeta, siendo él mismo profeta, futuro vástago de una larga sucesion de reyes, pero principalmente de aquel que, siendo Señor de reyes y profetas, se llamará sin embargo el hijo de David y el hijo de Abraham, y en quien despues de diez y ocho siglos son benditas todas las naciones de la tierra.

La tribu de Judá, á quien siete siglos antes Jacob habia predicho que su cetro no le seria arrancado; que el jefe, el legislador no naciera de sus descendientes, hasta que viniese el que habia de ser el Mesías, el Cristo, esperanza de las naciones; la tribu de Judá fué la primera en reconocer por rey al ascendiente del Mesías. «Los hombres de Judá, dice la Escritura, vinieron á Hebron y consagraron allí á David rey

sobre la casa de Judá (1).» Aqui se ve, como en la historia de Saul, la verdad de lo que dice Bossuet, de que la soberanía de los reyes, y aun la soberanía de los reyes de Israel, no es de tal manera de Dios, que no sea tambien del consentimiento de los pueblos (2).

El primer acto del nuevo rey fué un acto de generosidad, tan sábio como noble. Habiendo sabido que los hombres de Jabes-Galaad habian sepultado á Saul, les envió mensajeros para que les dijese: «Benditos seais de Jehová, vosotros que habeis usado de esta misericordia para con Saul, vuestro señor, y le habeis sepultado. Ahora, pues, Jehová os recompensará vuestra misericordia y vuestra fidelidad, y yo mismo os recompensaré tambien la accion que acabais de ejecutar. Confortense vuestras manos y sed hombres de valor, porque si ha muerto Saul, nuestro señor, tambien la casa de Judá me ha ungido á mí por su rey, y yo sabré defenderme contra nuestros enemigos (3).

Todo el reino de Saul, despues de la muerte de este príncipe, pertenecía á David. Dios era, no solamente el dueño absoluto por su dominio soberano y universal, sino tambien el propietario por sus títulos particulares sobre la familia de Abraham y sobre todo el pueblo de

(1) 2 Reg., 2, 4.

(2) Bossuet, *Defensa del clero galicano*, lib. IV, cap. XXI.

(3) 2 Reg., 2, 4-7.